CAPÍTULO XCI. *De cómo por la misericordia de Dios se supo más de cierto en esta Nueva España la venida de los españoles y la fe de Jesucristo que traían, diez años antes que llegaran*

A SEÑAL MÁS CIERTA DEL PERDIMIENTO DE UNA NAVE es verla estar enmedio de la tormenta dando muchos vaivenes y levantando a veces la proa, a veces la popa, estando arfando con intervalos desasosegados, porque cuando esto hace es para irse a pique, porque rendida de la fuerza de las aguas que la contrastan no aguarda más de que se abran y se le traguen, haciendo demonstración que aquellos mecimientos con que vacila son las intercadencias de su vida. El que considerare esta república mexicana en aquellos últimos tiempos de su próspera conservación, con estas cosas que por tantas partes le acometían, verá fácilmente cómo iba navegando por el mar de la inconstante fortuna (como navío engolfado y combatido de tormentas muy deshechas) cuyos costados herían olas de pronósticos espantables, que atropellándose unos a otros mostraban el fin y acabamiento que la amenazaba. Y aunque es verdad que los referidos en el capítulo pasado hacían amago con esta amenaza, no eran al menos demonstrativos de ella, porque no daban claridad de lo que significaban; pero porque cuando llegasen a debida ejecución estas ruinas y adversidades, supiesen que así había de acontecer, quiso Dios diez años antes manifestarlo por la manera siguiente.

El emperador Motecuhzuma, luego que entró imperando, casó una hermana suya (llamada Papan) con el señor de este Tlatelulco; y aunque después de casada, a pocos años enviudó, quedóse en el pueblo y casas de su marido, donde era servida de señores y plebeyos con mucho respeto y cuidado; lo uno por ser mujer del señor de la media parte de esta ciudad (aunque con reconocimiento al emperador) y lo otro por ser hermana de un monarca tan grande y poderoso. Esta señora adoleció de una grave enfermedad de la cual murió, a cuyo entierro se halló Motecuhzuma, su hermano, y todo lo más noble de su corte, que fueron acompañando al emperador. Hízose el entierro en un jardín de su misma casa, en un lugar soterráneo, a manera de bóveda, que estaba junto a unos baños que estaban dentro del jardín, donde acostumbraba bañarse esta dicha Papan (por ser muy usados estos laboratorios entre los indios, así nobles como macehuales) y cubrieron la bóveda con una losa no muy pesada; y hechas todas las ceremonias que eran muchas (como decimos en otra parte) se fueron todos. Estuvo toda la tarde de aquel día que fue enterrada y toda la noche en el sepulcro; y al amanecer del día siguiente una niña, de cinco a seis años, se levantó del lado de su madre para ir al cuarto o salas donde vivía una dueña muy anciana y venerable, a cuyo cargo había quedado la casa y familia de la difunta, que también era ama de aquesta niña; era paso necesario

el del jardín para ir al cuarto de esta dueña; y llegando a una alberca de agua que estaba junto al baño vido sentada en una grada de ella a su tía Papan que el día antes habían enterrado; y aunque la vido no cobró ningún espanto de ello, porque como era de pocos años no la tenía por muerta; antes entendió que debía de estarse bañando como la había visto otras veces que la había acompañado. Cuando Papan vido a la niña llamóla diciendo: Cocoton (que es palabra común para las niñas). La niña, que la oyó y conoció, llegóse a ella y preguntóle, qué quería. Papan le dijo: ve al aposento de tu tía, mi mayordoma y dila que la llamo, que venga acá (porque ésta era la más querida suya y de quien más confiaba). Fue la niña donde estaba la dicha mayordoma y díjole que la llamaba su tía Papan en el baño. La dueña, teniéndolo por burla y creyendo que como niña la echaba menos y que se acordaba de ella y que por esto le decía que la llamaba, comenzó a regalarla con palabras tiernas y amorosas y le dijo: hija mía, ya tu tía está con los dioses gozando de gran descanso por la buena vida que vivió y mucho recogimiento que tuvo. La niña le tornó a decir que la llamaba su tía Papan y estirábala del guipil para que fuese con ella al lugar donde la llamaba; y por darle gusto (no creyendo la verdad y pensando que la burlaba) fuese con la niña hasta el baño donde sentada en un escalón de él vido a Papan; y como sabía que era difunta y que el día antes la habían enterrado, cobró grande espanto y cayó en tierra amortecida, sin poder hablar palabra. La niña, que así la vio caer, fuese corriendo al aposento de su madre y díjole lo que pasaba; la cual, con otras dos dueñas de casa fueron al baño y vieron a la una desmayada y caída en el suelo y a la otra sentada en el escalón del baño; y como conocieron ser la difunta cobraron temor; pero ella las habló y aseguró de todo mal y daño. Mandóles que la llevasen a su aposento y que en todo aquel día no la viese nadie, ni se divulgase este caso sino que se tuviese en gran silencio. Otro día mandó llamar a Tizotzicatzin (que era su mayordomo y ayo de su casa) y, diciéndole que las cosas secretas de Dios eran muy diferentes de las que los hombres platicaban en el mundo y que no temiese de la que veía; le mandó que luego fuese a palacio y le dijese al rey su hermano que era viva y que le pedía que viniese a verla, que tenía que decirle cosas de importancia. Tizotzicatzin, aunque la oyo, no se atrevió a ir con esta embajada al emperador porque sabía que era grande agorero y muy cobarde en cosas de agüeros, y temía no le quitase la vida por ello; y con toda humildad le pidió que le tuviese por excusado. Viendo el poco ánimo de su mayordomo, mandóle que le llamase a Nezahualpilli, su tío, que era rey de Tetzcuco (que debía de haberse hallado a su entierro; porque era costumbre de estos indios juntarse los reyes y señores, que más a mano se hallaban, al entierro de alguna persona real y de cuenta). Vino el rey al llamamiento de su sobrina (porque era hombre de gran corazón y esfuerzo y no temía semejantes visiones) y entrando en el aposento de Papan la saludó y consoló a su modo; ella le habló y dijo algunas cosas que por entonces convinieron y le pidió encarecidamente que le llamase a Motecuhzuma, su hermano. Fue Nezahualpilli a palacio y habló con el

rey y díjole el caso, con las razones mas cuerdas que supo porque no se alborotase ni recibiese temor. Oyólo Motecuhzuma con admiración, aunque dudó ser verdad el caso por saber que era muerta y que él mismo, dos días antes, la había enterrado y no haber visto ni oído que hombre que hubiese una vez muerto, hubiese vuelto a la vida; pero por saber lo que era hizo juntar los de su acompañamiento y vino con ellos a su casa; y cuando llegó al aposento donde la enferma estaba, dijo en alta voz que la oyeron todos: ¿Eres tú, hermana o el demonio en tu figura? Ella le respondió: Yo soy, hermano mío, no se turbe vuestra majestad, ni reciba espanto. Entró dentro Motecuhzuma y sentóse a su cabecera y el rey de Tetzcuco a su lado, y otros muchos grandes y señores, admirados de lo que veían, se pusieron en pie a oír las cosas que la difunta quería decir a su hermano. Con voz sosegada y algo alta comenzó Papan a decir las razones siguientes: Todos los presentes tendrán por cosa nueva esta que tienen presente, pareciéndoles que uno que muere nunca jamás vuelve a la vida mortal que antes vivía; y así es, según que por experiencia lo hemos visto en todos nuestros antepasados; pero los que no creyeren que fue muerte la que me sobrevino, entiendan que fue un parasismo que me trasportó por muchas horas y me privó del sentido y me dejó como muerta; y volviéndose a su hermano (que con grande atención estaba) le dijo: volviendo del parasismo en que me trasporté (si no creéis que fue muerte) y viéndome enterrada forcejeé por salir del sepulcro y levanté la losa con fuerzas que Dios debió de darme para hacerlo y salí, y con gente de mi casa hice traerme a este aposento y cama; y por ser ésta la voluntad de Dios, quiero decir lo que en este tiempo vi y las cosas que me pasaron. Vídeme en un valle muy espacioso y ancho, que parecía no tener principio ni fin, muy llano, sin sierras ni barrancas ni montañas, enmedio del cual iba un camino que después se dividía en diversas sendas, y a un lado de este valle pasaba un caudaloso río, cuyas aguas y corrientes iban haciendo grandes y espantosos ruidos; y queriéndome echar al agua, para pasar a la otra parte, se me apareció un mancebo vestido de hábito largo, blanco como un cristal, relumbrante como el sol y su rostro resplandeciente como una estrella, el cual tenía en la frente una señal (y haciéndola con los dedos de sus manos puso un dedo sobre otro en forma de cruz) y con unas alas de pluma rica que hacían muchos y muy galanos visos, los ojos garzos, de color de una esmeralda, muy honestos, rubio y muy bien apersonado y de muy gallarda estatura; y tomándome por la mano me dijo: ven acá, que aún no es tiempo que pases este río (que Dios te quiere bien aunque no le conoces), y yo, con grande humildad, le di la mano y me llevó por aquel valle adelante, donde vide muchas cabezas y huesos de hombres muertos y otros muchos que se quejaban con gemidos muy dolorosos que movían a mucha compasión. Más adelante vide muchas personas negras, con cuernos en la cabeza y los pies de hechura de los venados o ciervos, los cuales edificaban una casa y se estaban dando priesa en acabarla; y volviendo a mirar hacia la parte del oriente, al tiempo que el sol salía, vi que venían por las aguas del río arriba unos navíos (que ellos llaman acali) muy grandes, con mu-

chas personas de otro traje, diferente de este nuestro que vestimos y usamos, los ojos garzos, de color bermejo y con pendones en las manos y capacetes en sus cabezas, los cuales decían ser hijos del sol, y el mancebo que me llevaba de la mano y me enseñaba todas estas cosas me dijo, que Dios no era servido que por entonces me echara en el río, porque había de ver con mis ojos vueltas las cosas en otro estado y gozar de la fe que aquellas gentes traían y que los esperase, porque había de haber grandes guerras entre nosotros y ellos, y que ellos habían de ser señores de estos reinos; y que aquellos huesos y cabezas que gemían en aquellos campos eran nuestros antepasados que no habían tenido lumbre de fe, por lo cual estaban en aquella pena; y que aquella casa que edificaban los negros era para encerrar a los que muriesen en las batallas que habían de tener con los que venían en los navíos; y que me volviese y esperase aquella gente, y que cuando se apaciguasen las cosas y se publicase el labatorio del bautismo fuese yo la guiadora de las gentes que habían de ir a él.

Todas estas cosas oyó Motecuhzuma con grande suspensión y silencio y fue grandemente escandalizado con ellas, y sintiendo los señores presentes su turbación quisieron remediarla con decirle que la enferma estaba loca y que con el mal grave que tenía desvariaba; y sin responderle palabra se salió del aposento y casa y se fue a la suya, metido en muchos y varios pensamientos, cotejando aquesta relación con otras cosas que ya se habían comenzado a ver en el reino, que parece que querían singificar algún cierto y nuevo acontecimiento. Nunca más volvió a ver Motecuhzuma a su hermana Papan y fue pasando el tiempo hasta que se cumplió lo que por ella le fue dicho. Esta señora convaleció de su enfermedad y vivió después una vida muy particular y recogida y no comía más que una vez al día; y luego que entraron en esta ciudad los españoles y se comenzaron las cosas de la conversión y el bautismo fue la primera que lo recibió en esta parte de Tlatelulco, y llamóse doña María Papan, la cual, haciendo vida de buena cristiana, acabó sus días loablemente.

Bien pudiera Motecuhzuma advertir de este caso tan claro y de los otros referidos en el capítulo pasado que eran avisos que el cielo le enviaba para disponerse a mejor vida y costumbres de las que usaba; porque como dice del pueblo judaico, Josepho,[1] muchas veces acostumbra Dios a enviar señales por las cuales los hombres vuelvan en sí y considerándolas busquen los medios de su redempción; pero como necios y obstinados en sus pecados ellos mismos sacan mal del bien; y aquellas cosas que se les dan por aviso de sus daños las convierten en mofa y menosprecio. Así lo hizo este rey mexicano, y teniéndolo todo por devaneo y caso de locura menospreció a su hermana y la tuvo en poco y no creyó su daño hasta que lo experimentó en su persona. Esta historia, como en este capítulo se ha contado, se sacó de pinturas antiguas y se envió por escrito a España, y fue cosa muy cierta entre los antiguos, y doña María Papan muy conocida en este pueblo; y es de creer que así sucedería pues así se platicaba; y que esta

[1] Lib. 7 de Bello Iudai. cap. 12.

señora era del número de los predestinados y que el modo de su predestinación fue por este medio necesario del agua de el santo bautismo, según lo dejamos probado en otra parte.